

CADA PALABRA EN SU SITIO

por Adan Kovacsics

¿Quién era Gyula Krúdy? ¿Quién fue ese escritor al que Sándor Márai consideraba su maestro, al que incluso dedicó una de sus novelas, *Szindbád hazamegy* [*Simbad vuelve a casa*]? El 13 de mayo de 1933, un día después de la muerte de Krúdy, le tributaba un homenaje con estas palabras:

...el más puro, el más noble y uno de los más grandes escritores... Existe una literatura absoluta, así como existe una música absoluta. Krúdy empezó a escribir a los diecisiete años y durante treinta ocho no cometió ni un solo error. Trabajó muchísimo y por supuesto siempre también "por dinero"; pero en esas casi cuatro décadas consagradas a la escritura no escribió ni una sola línea que no proviniera de la misma materia. Igual que los dos más grandes, Shakespeare y Goethe, genios locos, derrochadores, que escribían una carta familiar o una instancia sorbiendo siempre de la misma materia literaria y recurriendo a los mismos medios que cuando escribían Otelo o

Fausto... *En todos los escritos de Krúdy, cada palabra está en su sitio, con buen gusto, de manera perfecta, expresiva e inimitable... Considero la distinción más alta de mi vida las pocas horas que pude pasar en su compañía...*

Gyula Krúdy (1878 — 1833) nació en Nyíregyháza, en el noreste de la actual Hungría, hijo de un abogado y de una criada. Era el primogénito y fue registrado como hijo ilegítimo. Sus padres sólo se casaron en 1895, después del nacimiento de su décimo vástago. Gyula Krúdy nunca quiso ejercer otra profesión que la de escritor. A los quince años dio a la estampa su primer relato y hasta su bachillerato publicó muchos más; se encargó de la redacción de una revista estudiantil y montó una agencia de noticias en su ciudad natal. Tenía diecisiete años cuando la prensa europea recogió sus informaciones sobre un suceso que se produjo por esas fechas en Tuszér, una localidad cercana: la médium de un hipnotizador aficionado se derrumbó durante la hipnosis y falleció. Antes del bachillerato, Krúdy se marchó a una ciudad cercana y más grande, Debrecen. Escribe:

Mi padre —hombre orgulloso y previsor— creía que yo acabaría siendo embajador en París. Mi madre quería que fuera notario. Un buen día hui de casa. Me puse a trabajar de reportero para un periódico en Debrecen. Mi viejo maestro, Pál Porubszky, vino a buscarme al cabo de una semana y me rogó que al menos me presentara al examen de bachillerato.

Pocos años más tarde, y después de pasar por otra ciudad de provincias, Nagyvárad (en rumano Oradea, hoy perteneciente a Rumanía), se trasladó a la capital, Budapest. Eran las postrimerías del siglo XIX, una época de ebullición económica, social, artística, literaria. La prensa desempeñaba un papel decisivo como plataforma y base económica para los escritores.

Krúdy escribió con suma diligencia y creatividad. Su escrito número mil salía a luz en 1905, cuando acababa de cumplir los veintisiete años. En 1911, cuando aparecieron los primeros relatos protagonizados por el personaje de Simbad, llevaba unos mil quinientos textos publicados. Se puede imaginar la complejidad de la edición de unas obras completas, pues muchos de sus escritos permanecen todavía ocultos, desperdigados por diversos periódicos y revistas de aquella época.

En la segunda década del siglo XX vivió unos años de popularidad y reconocimiento, se convirtió en algo así como una figura de culto. Publicó *A vörös postakocsi* [La carroza carmesí] (1913), *Palotai álmok* [Sueños de palacio] (1914), *Aranykéz utcai szép napok* [Los bellos días de la calle Aranykéz] (1916), *Az asszonyágok díjja* [El premio de las señoras] (1919) y en particular los relatos de Simbad, cuyo primer volumen, *Szindbád ifjúsága*, apareció, como hemos señalado, en 1911. Su fama se debió por supuesto a su obra literaria, pero también a hechos como el duelo en que se batió con el oficial de húsares Viktor Sztojanovics, al que durante una discusión en un local le quitó el sable para entregárselo a una dama. En el duelo, que se efectuó con espadas, Krúdy hirió al oficial en la frente; la sangre le empañó los ojos al militar, y el combate tuvo que detenerse. Como los

duelos estaban prohibidos, Krúdy pasó unos días en la cárcel de Vác. Los periódicos informaron detalladamente sobre el suceso; pero no sólo sobre este, sino también sobre un hecho tan nimio como que el vidrio roto de la ventanilla de un tranvía hirió al escritor en la mano. Krúdy se convirtió en un personaje legendario, fuente de toda suerte de informaciones, rumores y anécdotas referidos a su fuerza, a su altura, a su afición a la juerga, a la bebida, a la buena comida, a las mujeres.

En los meses de la república de consejos de 1919 liderada por Béla Kun, Krúdy, que nunca destacó particularmente por su compromiso político, dio la bienvenida a los nuevos tiempos, participó con Zsigmond Móricz en la redacción del diario *Néplap* (*Hoja del pueblo*) y escribió, por ejemplo, sobre la repartición de tierras en Kápolna. En los años veinte, después de la derrota de la revolución y de la instauración del régimen reaccionario de Horthy, su popularidad decayó, aunque continuaba siendo respetado y apreciado en los círculos literarios. Siguió escribiendo y publicando. Por ejemplo, la novela *Tiszaeslári Solymosi Eszter* [*Eszter Solymosi de Tiszaerlár*] (1931) en la que reconstruía unos hechos ocurridos a finales del siglo XIX cuando a la población judía de una localidad húngara se la acusó falsamente del asesinato de una muchacha. Así respondía Krúdy al antisemitismo tan campante en su época. Esos años veinte supusieron para él un período marcado por las preocupaciones económicas; fue desahuciado de su vivienda en la isla Margarita (donde se había instalado porque no tenía que pagar alquiler). Y a pesar de algún premio que recibió —como el Baumgarten en

1930— pasó los últimos años en una situación de pobreza. Murió el 12 de mayo de 1933.

La aportación de Gyula Krúdy a la prosa húngara fue esencial; la modernizó, la trasladó al siglo xx. Fue como la de Rubén Darío a la poesía en lengua española. Enriqueció el lenguaje narrativo, inundándolo de matices, de irisaciones líricas. La médula del texto ya no estaba en el contenido. Una novela como *La carroza carmesí* no tiene propiamente una trama ni evoluciona hacia una conclusión. Lo sustancial se encuentra entre-medio. En los detalles. En los símiles. En los pequeños nudos que configuran el tejido.

Los primeros relatos protagonizados por Simbad aparecieron en el periódico *Pesti Napló*. Ese mismo año se publicó la primera recopilación en forma de libro: *Szindbád ifjúsága* [*La juventud de Simbad*] (1911). Le siguieron otras como *Szindbád. A feltámadás* [*Simbad — La resurrección*] (1916), *Szindbád megtérése* [*La conversión de Simbad*] (1925), así como novelas dedicadas al personaje: *Francia kastély* [*El castillo francés*] (1912) o *Purgatórium* [*Purgatorio*] (1933).

El presente volumen contiene una pequeña muestra de los más de cien relatos de Krúdy dedicados a ese personaje surgido de *Las mil y una noches* y metamorfoseado en caballero de finales del siglo xix, relatos que mezclan la melancolía, la nostalgia, lo onírico, lo surreal, la ironía, lo grotesco. Simbad, viajero incansable, desilusionado por la vacuidad del presente, busca la plenitud en el recuerdo, viaja a las pequeñas ciudades de su pasado, recorre los escenarios de su juventud, de sus amores, los espacios de la memoria poblados de fragancias, de sensualidad, pero también de proximi-

dad a la muerte. Es un viaje interior hasta cierto punto quijotesco, lleno de situaciones cómicas y teñido de dulces sentimientos melancólicos. Con el paso de los años, los textos se van haciendo más agrios y también más hilarantes.

La obra de Gyula Krúdy influye hasta el día de hoy en la literatura de Hungría. Es uno de los muy escasos autores del país a los que el premio Nobel Imre Kertész menciona y lo hace con enorme entusiasmo. Escribe, por ejemplo, lo siguiente sobre él:

El genio y la inconmensurable energía creativa de Gyula Krúdy están movidos por ciertos sentimientos básicos: el erotismo cósmico, la conciencia ardiente de culpa que lo acompaña, el anhelo acuciante de salvación y la idea siempre presente de la muerte... La prosa de Krúdy es la prosa del hombre maduro... iniciado de idéntica manera en los asuntos celestiales y terrenales, en contraposición, por ejemplo, al infantilismo teórico, insípido y sin alma del hedonismo sadiano.